

**LA NEBULOSA CONTRARREVOLUCIONARIA DURANTE LA
DICTADURA. MENTALIDAD ULTRANACIONALISTA Y DISCURSO
ANTIMODERNO EN LA TRAZA Y PLUS ULTRA (1924-1928)**
THE COUNTER-REVOLUTIONARY NEBULA DURING PRIMO DE
RIVERA'S DICTATORSHIP. ULTRANATIONALIST MENTALITY
AND ANTIMODERN DISCOURSE IN LA TRAZA AND PLUS
ULTRA (1924-1928)

JOAN PUBILL BRUGUÉS
Universitat Autònoma de Barcelona
joanpubillb@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-0854-3782>

Texto recibido em / Text submitted on: 23/08/2021
Texto aprobado em / Text approved on: 28/02/2022

Resumen:

En este estudio se destaca la génesis de la contrarrevolución como la confluencia de diferentes tradiciones derechistas que, tras el colapso de la Restauración, legitimaron la dictadura primorriverista. A través del análisis de *La Traza* y *Plus Ultra*, este trabajo tiene por objetivo examinar los grandes ejes ideológicos de la nueva cultura política antiliberal, cuyos *leitmotifs* antimodernos conectan las diatribas tradicionalistas finiseculares con los discursos fascistas de los años 30.

Palabras Clave:

Contrarrevolución; fascismo; antiliberalismo; cultura política; modernidad.

Abstract:

This study highlights the genesis of counter-revolution as a convergence of different right-wing traditions which, after the collapse of the Restoration regime, served to legitimate Miguel Primo de Rivera's dictatorship. Through the analysis of *La Traza* and *Plus Ultra*, the aim of this article is to examine the main ideological axes of the new anti-liberal political culture, whose antimodern leitmotifs connected the traditionalist fin-de-siècle diatribes with the fascist discourses of the 30s.

Keywords:

Counter-revolution; fascism; anti-liberalism; political culture; modernity.

Introducción

La literatura sobre el pensamiento de extrema-derecha sobre el Novecientos español no es parca (Tusell, Montero y Marín 1997; González Cuevas 2000 y 2005; Perfecto García 2021). A los estudios más holísticos, les sigue un elenco de monografías que examinan los principales agentes que conformaron la tupida maraña de la contrarrevolución. Véase los trabajos sobre los sindicalistas *lliures* (Winston 1989), los mauristas radicales (González Hernández 1990), los alfonsinos (Morodo 1980; Gil Pecharromán 1994), los tradicionalistas y jaimistas (Culla 1977; Andrés Martín 2000) o el fascismo (Thomàs 2011; Gallego Margaleff 2014). Sin embargo, pese a tener detectada la mayoría de grupúsculos y tribunas de extrema-derecha que emergieron entre 1922 y 1930, aún existen lagunas sobre la articulación de la contrarrevolución en tanto que cultura política.

Por cultura política, se entiende el cúmulo de ideas, de lugares comunes, el cuerpo de angustias e impresiones y los valores compartidos, ese «conjunto de orientaciones» (Almond y Verba 1963: 13) que los politólogos norteamericanos advirtieron para referirse a la *mentalidad* de una sociedad, pero ahora aplicados a una nómina de actores diversos que entran en contacto debido a «contextos de experiencia y de actividad» (Cefaï 2001: 93) que los conducen a frecuentar un mismo espacio de sociabilidad y de sociabilización pese a la diversidad de bagajes. En este sentido, se conoce poco sobre la contrarrevolución, esa nebulosa de disconformidad que animó y apuntaló la dictadura de Miguel de Primo de Rivera.

La génesis de la nueva cultura política antiliberal se incardina en la coyuntura global de bancarrota de los ideales de progreso y de descrédito de los regímenes parlamentarios (Pubill Brugués 2018). En España, se manifestó en la «crisis multisectorial» que sacudió el sistema restauracionista en 1917 (González Calleja 2017: 23). La contrarrevolución aparece como el reverso antagónico a la progresiva radicalización de una izquierda española que, espoleada por los aires de la revolución que derrocó el régimen zarista, quiso responder al malestar social causado por la inflación galopante durante la Gran Guerra (Meaker 1978: 140-150). Agentes que habían intentado regenerar el cuerpo político mediante una «revolución desde arriba» se alejaron gradual e irreversiblemente de los principios rectores del orden burgués. Este proceso de *desliberalización* en el espacio conservador se aprecia en mauristas como Manuel Delgado Barreto y su periódico *La Acción* (Pubill Brugués 2020) o en intelectuales catalanistas como Eugeni d'Ors (Fuentes Codera 2017). Incluso los tradicionalistas, dentro del juego parlamentario desde finales de siglo, abandonaron cualquier anhelo intervencionista para reactualizar sus posiciones antimodernas.

En ese marco de desafección profunda (1917-1923), Barcelona devino el epicentro de ebullición del nacionalismo español (Ucelay da Cal 1991) donde cristalizaron unas sensibilidades contrarrevolucionarias que legitimaron la Dictadura. El emporio mediterráneo era ya un importante semillero de núcleos ultraderechistas, como el llamado «partido militar», lobby de oficiales y civiles en torno a la Capitanía General de Barcelona cuyo objetivo era combatir las demandas catalanistas y las aspiraciones proletarias para evitar un nuevo 98 en Cataluña (Casals Meseguer 2013). Bajo esta luz, *La Trazza y Plus Ultra* permiten analizar, desde diferentes trayectorias militantes, los miedos ultraderechistas al «cóctel letal» de guerra social, demandas autonomistas e ineficacia política (Romero Salvadó 2010) que convirtió la Ciudad Condal en un «“anticentro” natural de toda la vida española» (Ucelay da Cal 2003: 268). Su examen permite abordar la *respuesta contrarrevolucionaria española* a la quiebra del Estado liberal, y observar que la vía mussoliniana, a pesar de la fascinación que ejerció en algunos sectores, no sirvió de pauta general (González Calleja y del Rey Reguillo 1995: 162-164; Peloille 2005: 45-46). En suma, sirve para reflexionar sobre la reacción de la extrema-derecha española a un malestar de alcance transnacional. Una reacción que se caracteriza por ser calidoscópica, pero a la vez coherente y convergente.

1. *La Traza* y *Plus Ultra*: breve radiografía de dos rostros contrarrevolucionarios

A pesar de su condición modesta⁽¹⁾, las revistas *La Traza* y *Plus Ultra* son paradigmáticas de la reformulación del campo ideológico de la derecha en la coyuntura de parálisis sistémica de la Restauración después de la Gran Guerra. Pese a que no se han conservado todos los números⁽²⁾, la muestra disponible es suficientemente reveladora como para establecer las coordenadas intelectuales del emergente espacio contrarrevolucionario que apostó fehacientemente por la «modernización autoritaria» (González Calleja 2005) que llevó a cabo la dictadura primorriverista. Su análisis pone de soslayo cómo distintas tradiciones políticas de la derecha – una surgida de los estratos conservadores y ultraespañolistas, la otra de arraigo tradicionalista e intransigente – convergieron para cincelar una nueva cultura política antiliberal.

El grupo tracista ejemplifica la angustia de la extrema-derecha frente a la disfuncionalidad del régimen. Creada a finales de marzo de 1923, *La Traza* fue en sus inicios un grupo que aplegó a militares junteros e intelectuales críticos con la gestión política de la misión colonialista, dentro de una lógica imperialista en torno a la figura del capitán de Caballería Alberto de Ardanaz Salazar (Ucelay da Cal 2000 y 2004), sobrino del general Julio Ardanaz Crespo, gobernador civil de la provincia de Barcelona en otoño de 1922. Entre sus filas, se encuentra un nutrido grupo de oficiales, como Adolfo Macraigh, Romero Junceda, Florencio Codina, Ricardo Gutiérrez Rebolledo o Espinar de Gayolini. Representativos de la idiosincrasia del grupo son el militar anticatalanista Enrique Pérez Farrás, uno de los asaltantes a las redacciones de *La Veu de Catalunya* y del *¡Cu-cut!* en 1905, conocido por disolver «a cintarazos las sardanas» (Angulo 1935: 19); Mariano Arturo Pérez-Terol, miembro de los Hidalgos de la Patria en 1919 y ferviente creyente en que «el mañana está depositada en la juventud» (Arturo Pérez 1919: 564); o el geógrafo colonialista Gonzalo de Reparaz, cuya *De la derrota de la civilización* es publicitada en el número 3 del boletín con un fragmento de la obra.

(1) «Nuestros recursos pecunarios excesivamente modestos», confesaron los tracistas («Al lector», *LT*, 09/08/1924: 1). *Plus Ultra* se describió como «el más humilde quizá de cuantos en la actualidad se publican» («Al lector», *PU*, 06/10/1926: 1).

(2) Se han consultado los números disponibles de *La Traza* (nº 1 y 2) y *Plus Ultra* (nº 1, 5, 6 -especial-) del Arxiu Històric de Barcelona.

A diferencia de las fugaces revistas madrileñas *La Palabra* (1922-1923) y *La Camisa Negra* (1922) que advertían de un «fascismo en ciernes» (Peloille 2005), *La Traza* se convirtió en la única organización que materializó el inconformismo bajo unos ademanes que recordaban a los *fascisti*. Aunque públicamente se presentó como una organización que «no enarbola ningún banderín de los que actualmente existen en nuestra política»⁽³⁾ y sus militantes se apresuraron a declarar que «no somos un remedo del fascismo» («Nuestro ideal», *LT*, 31/12/1924: 1), su proceder, con sus exhibiciones en camisa azul, y sus proclamas de partido único, invitaban a asociaciones fáciles. El socialista Julián Besteiro se refirió a un «fascismo catalán» (Besteiro «El Fascio, La Traza y La Facha. Democracia y Dictadura», *El*, 16/04/1923: 1). Los catalanistas de *La Veu de Catalunya* tacharon el programa de «ideología confusa, exterioritzada sense mica de claredat» y lo atribuyó al hecho de ser uno de los «organismes de tota mena que funcionen secretament i treballen a l'ombra» («“La Traza”. Una traducció espanyola del feixisme», *LVC*, ed. noche, 28/03/1923: 7). De hecho, el ethos subversivo de la formación fue evidente desde sus inicios. Poco después de su fundación, los tracistas sondearon a sindicalistas del Comité Regional de la CNT para ejecutar un golpe de Estado. La noche en que asesinaron a Salvador Seguí, el «Noi del Sucre», y Pere Foix tenían la primera reunión con el grupo militarista (Foix 2019: 117-118).

Con la proclamación de la Dictadura en septiembre del mismo año, *La Traza* trabajó activamente. En noviembre, sirvió de embrión para el Partido Somatentista Civil Español, reconvertida poco después en la Federación Civico-Somatentista. Bajo las nuevas siglas, la formación aplegaba una burguesía desapegada con las instituciones liberales y «la política del antiguo régimen», y entre cuyos apoyos se contaban el general López Ochoa o Alfons Sala («El partido tracista», *El Sol*, 02/01/1924: 6), industrial y presidente designado para dismantelar la Mancomunitat, ente administrativo de las cuatro diputaciones catalanas, en 1924. La refundación de *La Traza* respondió a la ambición manifiesta de convertirse en el partido único del régimen («Nuevo partido en Barcelona. Quiere preparar la sustitución del Directorio», *ED*, 31/10/1923: 2).

(3) G. O. S., J del, «El nuevo partido tracista. Un manifiesto» (*El Sol*, 25/03/1923: 5). Una versión ampliada del manifiesto publicado en julio de 1923 (Castillo Sánchez y Álvarez Pastor 1958: 115-117). El manifiesto causó revuelo y tuvo una gran difusión en el Ateneu Barcelonès (Francés 1962: 524).

Si bien la idea de convertir *La Traza* en el núcleo del régimen fue animada por el propio Primo de Rivera, éste la desestimó después de su regreso de Italia en diciembre de 1923 (González Calleja y del Rey Reguillo 1995: 174-175). Tras la reunión que celebraron con el dictador en Barcelona en enero de 1924, la aspiración de los tracistas de articular la Unión Patriótica se desvaneció. Si el fervoroso grupo contrarrevolucionario, partidario a ultranza de la depuración de responsabilidades, no comprendió que rostros visibles del turno monárquico se reciclaran, el dictador receló de sus gestos y ademanes tan virulentos. El boletín mensual, editado en agosto de 1924, pondría en evidencia el desencanto de la formación después que los propagandistas católicos de Ángel Herrera Oria, más moderados, se convirtieran en el principal apoyo del Directorio (López Íñiguez 2017: 35-39). En este sentido, la desilusión respecto del régimen primorriverista los llevó a presentar su acción como una obra «totalmente distinta de la que realizan los que parecen empeñados en cavar la sepultura de la nación» (LV, 09/12/1924: 12).

Por su parte, *Plus Ultra* fue fundado por los seguidores barceloneses del filósofo y diputado Juan Vázquez de Mella en octubre de 1926. El semanario vio la luz en el contexto de represión de la Dictadura a los seguidores jaimistas después de que el pretendiente revocase su voto de confianza en un manifiesto en marzo de 1925 (Canal 2006: 41), pero también de disidencia interna dentro del mellismo catalán, con la aparición de la Juventud de Acción Tradicionalista (1924-1925) presidida por Francisco de P. González Palau o el Círculo Social Tradicionalista de Ramon M. Condomines, fundado en 1927 (Mota Muñoz 2020: 66). De entre los redactores, destacan Ramón Menéndez de Cardona, cofundador de la Casa de América en 1912, el periodista y escritor de zarzuelas José Ballesta, el sesudo economista burgalés Gregorio Fernández Díez, director de la revista comercial *Barcelona financiera* y defensor de abolir los aranceles proteccionistas, el canónigo José Montagut Roca o el abogado Andrés Gassó y Vidal, secretario de la Cámara de la Propiedad Urbana y barón de Viver. El órgano actuaba como el altavoz oficioso del Círculo Católico Tradicionalista, agrupación fundada en 1920 y que presidía el abogado Pedro Vives Garriga, quien golpeó a Santiago Gubern, director del periódico catalanista *El Poble Català*, en 1909. Partidario de Don Jaime de Borbón en 1913, su itinerario ideológico lo llevó a separarse de la disciplina y seguir a Mella tras la escisión de 1919 (Ferrer 1959: 311).

El perfil del presidente del Círculo Católico Tradicionalista ejemplifica los rasgos del núcleo mellista barcelonés. La belicosidad queda patente en el subtítulo *Semanario de batalla*, forjada al calor de múltiples peleas con republicanos lerrouxistas y catalanistas desde 1907, y con la que consiguieron articular movimiento con el que disputar la hegemonía tradicionalista a los jaimistas después de 1919. Su ultranacionalismo pasaba por patrimonializar todo *lo español*, desde Pau Casals a Gustavo Adolfo Bécquer y al poema «Canción de la bandera» del liberal Pedro Jarra Carrillo. Arraigados en el antiliberalismo, querían alejarse no obstante de etiquetas reaccionarias. Su objetivo era difundir «la moderna doctrina tradicionalista» (Guila Ribera, E. de K., «Mella, autor de la moderna doctrina tradicionalista», *PU*, 24/03/1928: 1). Es decir: presentarse como una alternativa de imperiosa actualidad bajo el palio de un nacionalismo bronco, guerrillero y de masas. En este sentido, *Plus Ultra* demuestra que la experiencia fascista no fue la única expresión contrarrevolucionaria. Su actitud debe compararse a la de la orleanista Action Française, cuyas ideas fueron muy bien recibidas, en esos años de tensión social y quiebra política, por esos sectores intransigentes y españolistas (Pubill Brugués 2021).

En consonancia, su colaboración con el Directorio fue temprana y duradera: en diciembre de 1923, celebraron una asamblea para proceder a su adhesión. Después de la muerte de Mella en 1928, sus seguidores se fundieron en las estructuras del régimen. Vives fue elegido concejal del ayuntamiento de Barcelona en septiembre de 1924 (*GMB*, nº 37, 22/09/1924)⁽⁴⁾. A su vez, Gassó y Vidal devino vocal del comité ejecutivo de la Unión Patriótica (Ben-Ami 1984: 100). Por su parte, Montagut fue uno de los más concienzudos impulsores de la peregrinación a Roma en 1925. Su afinidad con el Directorio es perceptible en la fervorosa apología *El Dictador y la Dictadura* (1928). La comodidad de *Plus Ultra* con el régimen se explica porque compartían una visión socio-nacional muy similar a la de los factótums del Directorio militar. Si bien con matices, los ideólogos de la Dictadura tomaron como referentes algunos de los puntales doctrinales del integristismo, como Víctor Pradera, a la hora de concebir regionalmente el estado (Quiroga Fernández de Soto 2000).

A pesar de una trayectoria dispar tanto en su recorrido previo como en su adaptación al régimen dictatorial, un examen atento de *La*

(4) El cargo lo desempeñó hasta la proclamación de la república en abril de 1931.

Traza y Plus demuestra la existencia de un denominador común entre «familias políticas». El repudio visceral tanto del capitalismo como del comunismo; la búsqueda de una modernidad alternativa al orden liberal-parlamentario; la rehabilitación de las energías nacionales y la utopía del hombre nuevo son los vectores de afinidad con los que ambas organizaciones expresaron un ethos contrarrevolucionario compartido, base de la nueva cultura política antiliberal, durante la dictadura primorriverista.

2. Un discurso inconformista: anticonservador y antirrevolucionario

Tras 1917, la situación política y socioeconómica había llegado a un punto tal de paroxismo que engendró un extraño consenso tanto a derecha como a izquierda del arco ideológico: era menester hacer tabula rasa. Para la naciente corriente contrarrevolucionaria, el estado «de desorden imperante» que se vivió a principios de siglo se achacaba a una tendencia propiciada por «personas adineradas, viles acaparadores, mercachifles osados, desvergonzados parlanchines», «de cuya amalgama se elegían los Concejales, los Diputados, los Senadores, los Gobernantes de la Nación» (Rubio Casellas, J., «A los españoles que abnegadamente sufren», *LT*, 31/12/1924: 6). Sin dilaciones de ningún tipo, se abogaba por «organizar a los buenos para que, con su propia fuerza, sin necesidad de audacia, extirpen a los pícaros» (Arturo, «Definiendo», *LT*, 09/09/1924: 2). En su calidad de «fuerza nueva que con inagotables energías nace potente y arrolladora» (Avilés, E. de., «Juventud», *LT*, 31/12/1924: 2), Aurelio Ballenilla subrayó la ambición rupturista que caracterizaría la nueva cultura política antiliberal. Frente a las dos clases de revolución que ha conocido la humanidad, «la revolución del orden o de la plutocracia y la denominada del desorden o del proletariado», el militante tracista se presentaba como uno de «los paladines» de «una nueva rebeldía que avanza». La revolución de la inteligencia, una «revolución del cerebro» que abogaba por meter en cintura a los agentes de las revoluciones antinacionales («La revolución futura», *LT*, 09/08/1924: 2).

El mito de las finanzas internacionales condensa perfectamente la cosmovisión inconformista de la contrarrevolución. Esta percepción histriónica del devenir del mundo, canalizada a través del miedo al «grupo de banqueros, industriales y comerciantes» pujantes que rigen

«el mundo de (sic) entre bastidores», llevaba implícita una denuncia a los efectos demoledores de las revoluciones industriales en el orden social. Esta crítica originalmente obrerista fue readaptada desde una óptica social-nacionalista. No en balde, se atacaba cualquier intento de globalizar el mercado porque «sería la muerte de muchas industrias nacionales en provecho de las industrias de los países ricos y bien organizados». En un sistema económico sin aranceles que avalaran la producción nacional y protegieran el más débil en esa selvática lucha darwiniana, «los obreros ocupados en las empresas industriales en cuestión», se convertirían en «obreros sin trabajo». Además, había el problema de la exportación. Como subrayaba el comentarista de *Plus Ultra*, «un país puede exportar mucho y seguir siendo pobre: puede exportar trigo y morirse de hambre. Este era el caso de Rusia», recordaba (A. R., «La Perogrullada de los financieros», *PU*, 03/11/1926: 7).

La defensa de los intereses pasaba por admitir que era necesaria una transformación en lo económico. A diferencia de los liberales o de la derecha social, cuyas respuestas a la pugna entre capital y trabajo eran el *laissez-faire* o paternalistas, los contrarrevolucionarios eran plenamente conscientes de «esa pobreza que sólo la ha engendrado una mala organización, una completa desidia de todos para el verdadero cuerpo nacional» («Tracistas», *LT*, 09/08/1924: 3)⁽⁵⁾. En este aspecto, mantenían una actitud furibundamente anticonservadora. El modelo económico antiguo, ponderaban, protegía «contra los peligros de la explotación». «La concurrencia liberal, sin freno, en la moderna Economía», con la estimulación del *homo homini lupus*, era la «causa principalísima de los modernos horrores económicos», horrores «desconocidos de los antiguos» (Fabio, «A un sociólogo y a muchos», *PU*, 03/11/1926: 7).

Ese «desunirse entre hombres» que se achacaba a las sinergias abiertas por la Gran Guerra, y que encontró en el área barcelonesa, con las huelgas, la manifestación de parlamentarios en verano de 1917, el tráfico de armas, la violencia en las calles, un ambiente de germinación, fue la arista visible de un disfuncionamiento evidente, y sangriento, del orden. Para ello, se apresuraban a recordar que «debemos esforzarnos

(5) En el manifiesto, tomarían partido por «el obrero laborioso de que os servís», de los «agricultores, que consideráis como mineros de vuestras minas», del «maestro, al que exigís que depure su inteligencia y sea sabio para después darle por escuela una pocilga» (Castillo Sánchez y Álvarez Pastor 1958: 116).

en profundizar el estudio de nuestros males, tratando de hallar el remedio en cada caso» (Justo Orbis, «Del caos actual. Las causas y los remedios», *LT*, 09/08/1924: 1). Con todo, la sensibilidad obrerista no debe conducir a la conclusión opuesta. Los contrarrevolucionarios aborrecían y abjuraban tanto del desorden liberal como de cualquier conato de revolución social. Ya prevenían de que no se debe confundir «la justicia con el odio y la venganza». Son los primeros en desestimar tajantemente «las pasiones ciegas y desbocadas» que impelían a la guerra social, es decir, a la lucha fratricida entre clases sociales (G. O. S., J del, «El nuevo partido tracista. Un manifiesto», *ES*, 25/03/1923: 5). El cariz subversivo del inconformismo debe enmarcarse en esos flujos ideológicos tipificados de «tercera vía», de sincretismo entre valores derechistas e izquierdistas con los que se pretendía modelar una alternativa al orden vigente (Sternhell 1995).

3. El rechazo a un sistema corrupto. Hacia una modernidad alternativa

El espíritu que se buscaba entre los adeptos que tenían que convertirse en «tracistas» era «una fe ciega, un fanatismo si necesario fuera», pero con la convicción crítica «fruto de un razonamiento detenidamente estudiado». No tenían que ser hombres que se dejaran llevar por «un convencimiento pasajero», como el del elector de «los antiguos partidos turnantes (sic) en la carcomida política española» («Tracistas», *LT*, 09/08/1924: 3). La referencia escatológica evidencia la decepción aguda que se sufrió el espacio nacionalista de tradición conservadora. Los infructuosos intentos de renovación conllevaron a estigmatizar «lo político», es decir: los procesos emancipadores que emergieron con el ciclo revolucionario del 79 por considerarse perniciosos, viciosos y letales para la salud del cuerpo nacional.

El fracaso colonial en Annual, que se percibió como corolario de la desfachatez administrativa y de la dejadez fiscalizadora, conllevó que desde los sectores que clamaron por una dictadura se pidiera una rendición de cuentas. Frente al torrente de inmoralidades que constituía la «vieja política», «los tracistas, en uso de sus derechos de ciudadanía» tenían que velar constantemente por «el bien público» («Fiscalización tracista», *LT*, 31/12/1924: 5). En *Plus Ultra* se pone de soslayo la dicotomía entre el electo y su función pública al preguntarse «¿qué concepto iban a

tener de responsabilidad quienes habían logrado el acta por la influencia de algún pariente, o desembolsando una cantidad para la compra de votos?» (Ballesta, J., «¡Poder!», *PU*, 06/10/1926: 2). La «extirpación» del caciquismo se presentaba como vital para organizar los intereses nacionales y «dignificar la política». Hasta la dictadura, «por la causa mezquina que persiguen los caciques», la partidocracia había causado «la esterilidad de no pocas iniciativas sabias y notabilísimas» porque los miembros de los partidos «llaman gobernar a inventar farsas y sostener apariencias para seguir explotando el presupuesto». El equipo de *La Traza* no se presentaba como un partido al uso, sino como «*un partido* como en España todavía no se ha conocido» (Arturo, «Partidos y partidas», *LT*, 31/12/1924: 7)⁽⁶⁾.

El imaginario contrarrevolucionario explotaba los prejuicios, alimentados en buena parte por las praxis dudosas, cínicas o partidistas de los electos (Riquer i Permanyer, Rubí y Toledano 2018: 47-81), ya divulgados por los reaccionarios decimonónicos. A principios de la nueva centuria, la novedad residió en que estos tópicos fueron alimentados por un sector político e ideológico que era consubstancial al régimen parlamentario y al sistema político. En su manifiesto fundacional, la organización tracista dejó clara su intención de querer «terminar con el barullo y el escándalo político existente y con la actual organización en mesnadas que, insaciables, amenazan en cada nueva incursión por el poder con no dejar en seguridad nada valorable» (G. O. S., J del, «El nuevo partido tracista. Un manifiesto», *ES*, 25/03/1923: 5). Como pontificó un comentarista de *Plus Ultra*, «el mal no recae solamente en el propio interesado cuando llega el momento, sino que el desprestigio alcanza sobre la colectividad» (Ovidius, «La moral de las circunstancias», *PU*, 03/11/1926: 3).

Las manifestaciones hacia un nuevo modelo de comunidad socionacional no eran veladas. *La Traza* habló de «levantar el cuerpo del nuevo edificio» y cimentarlo «sobre una base sólida de cimientos esencialmente inalterables» («Tracistas», *LT*, 09/08/1924: 3). El repudio a la modernidad, no obstante, no implicaba una añoranza por una Arcadia feliz premoderna. Si algo caracterizó la contrarrevolución de

(6) De hecho, los tracistas aludieron a «la necesidad de constituir un partido que sea en el momento oportuno el que continúe la labor del Directorio». En «Nuevo partido en Barcelona. Quiere preparar la sustitución del Directorio» (*ED*, 31/10/1923: 2).

otras tendencias antiliberales previas fue la aceptación de los factores de modernización tecnológicos. Lo que se odiaba eran los efectos de los flujos industrializadores, que se achacaban a la ineficacia y a la corrupción, no las dinámicas en sí. No podía ser más explícito Gregorio Fernández cuando basó «la ansiada reconstrucción interna» en la obra de ferrocarriles, «un plan cuya transcendencia económica corre pareja con su eficacia política» (Fernández Díez, G., «España en marcha», *PU*, 06/10/1926: 3). De este modo, las utopías contrarrevolucionarias que se dibujaron durante el Directorio se inserían plenamente en el contexto de auge de proyectos neocorporativistas de la Europa de entreguerras (Pasetti 2016).

4. La refundación del cuerpo nacional

Si bien la contrarrevolución se nutrió de ese «suelo cultural e ideológico», de ese «magma nacionalista» que estalló con virulencia de la angustia después del '98 y que supuso una de las «fuentes o focos del nacionalismo antiliberal español» (Saz Campos 2003: 64-86), no se articuló como cultura política hasta unas décadas más tarde, tras otra crisis colonial, igual de dolorosa y traumática, que se añadía a los oprobios humillantes de finales de siglo. «El cementerio de Marruecos, con sus trágicos derramamientos de sangre», como explicó José Ballesta, se sumaba a «las detestables sombras del caciquismo, del separatismo; del descrédito internacional, del abandono gubernamental, de la indisciplina y del caos» («Primo de Rivera», *PU*, 03/10/1926: 1). Según su juicio, la política liberal, pero también el grueso de la sociedad, presa de una «inmoralidad» viciosa, habían «conducido a España no al borde de la ruina, pero sí a la ruina misma» (Cartagena, F., «Inmoralidad», *LT*, 31/12/1924: 1.). Unos males que habían cesado gracias a la irrupción de Primo de Rivera, «salvador de la Patria» (Ballesta, J., «Primo de Rivera», *Plus Ultra*, Barcelona, 03/11/1926: 1).

La dictadura primorriverista como fábrica de españoles es un tema que ya se ha abordado fehacientemente, conociéndose que los resultados obtenidos fueron contrarios a los intereses de sus promotores (Quiroga Fernández de Soto 2004). Sin embargo, los agentes contrarrevolucionarios vieron en el marco del régimen autoritario una ventana de oportunidad para «crear el alma española». Según Teodoro de Iradier, la sociedad

española era víctima de un «menosprecio nacional», fruto de la ausencia «de ideal», lo que comportaba que «no hay nada que te emocione como español». Se trataba, pues, de indagar en «el ideal español», donde «va encerrado el acicate más poderoso para el progreso de las naciones» (De Iradier, T., «El alma española», *LT*, 09/08/1924: 4). Los lamentos del escritor se pueden tomar como una buena expresión del denominado «Mal de España», una prueba vívida de la inconexión espiritual de la ciudadanía debido a una nacionalización débil (Riquer i Permanyer 2001: 35-40) que el régimen quiso paliar y revertir.

El primer número de *Plus Ultra* dejaba claro que el semanario perseguía una finalidad de reconstrucción patriótica, que no era otra que «elevar en cada corazón español un altar de veneración perpetua a la SANTA MADRE ESPAÑA» («Al lector», *PU*, 06/10/1926: 1). En la misma línea, *La Traza* también expresó «que no tenemos más preocupación que salvar a la Nación» (Rubio Casellas, J., «A los españoles que abnegadamente sufren», *LT*, 31/12/1924: 6). La pedagogía nacionalista constituyó un ideario programático en sí mismo por los agentes del régimen y sus satélites intelectuales. En un vivaz discurso, el dictador apresó a los oyentes a desechar de la escuela «el peligro y el daño de sembrar en el alma de los niños el desamor a la Patria o la duda religiosa» («El presidente del Directorio da de alta a las Uniones Patrióticas», *LN*, 19/08/1925: 4). El proselitismo tenía que encaminarse a una propaganda ardua que despertara el sentido nacional de un pueblo que «está ineducado», ya que «nuestra raza es un tesoro que criminalmente malogramos» (MAP, «Educación», *LT*, 31/12/1924: 7). Precisamente, «el gran problema de España», apuntaba Juan Antonio G. Santelices, «sigue siendo de sensibilidad espiritual, de elevación cultural», una falta de arraigamiento con el suelo patrio («El arte y la historia», *PU*, 03/11/1926: 3). La exhortación a enrolarse en las filas tracistas, a sacudir «esa modorra que os entumece», se fundamentaba en una invocación clara: «Pensad en la Patria que os necesita, que os llama, pensad en el resurgir del solar patrio en base de una raza viril y humana, pensad que sois los hombres que en el porvenir habéis de sostener a esa Patria» (Amperio, «A la brecha», *LT*, 31/12/1924: 5).

La Dictadura perseguía instaurar «un principio de ponderación de intereses» (Aunós 1928: 57). Tras la crisis de 1917, hubo la preocupación traumática de acoplar la comunidad nacional al Estado (Pasetti 2016; Quiroga del Soto 2000), como se desprende de la convicción

ardiente de Romero Junceda de que «España no morirá» («Sección oficial. Conferencias. La del Sr. Romero Junceda», *LT*, 09/08/1924: 3). La refundación del orden nacional pasaba por revalorizar la tríada «Fe, Patria y Monarquía» («Ha muerto el Maestro. Nuestro dolor», *PU*, 24/03/1928: 1)⁽⁷⁾. Mediante una revolución nacional, se buscaba reestablecer una grandeza nacional pretérita, perdida. Con el fin de conectar con la tradición, entendida como las energías esenciales de la nación, se dio forma al concepto de Hispanidad, una reformulación de comunidad nacional a través de la idea de «raza». «Pensar en la Raza es pensar en la Patria», afirmaban los tracistas, quienes reivindicaban que se tenía que «gobernar en un sentido racial» («Actos tracistas. Fiesta de la Raza», *LT*, 31/12/1924: 3)⁽⁸⁾. España, «nación de fecundidad ubérrima y asombrosa», tenía que estar, según Ramón Méndez de Cardona, «a la altura de la historia y de la influencia espiritual de quien pudo y supo crear tantos pueblos» («La Fiesta de la Raza», *PU*, 03/11/1926: 2). Para ello, aunque los migrantes españoles constituyesen la «aristocracia de la emigración», se tenía que luchar para cumplir «los designios de nuestra raza» («La emigración española», *PU*, 03/11/1926: 6). El despliegue de un ideal civilizatorio, donde no importaba que el militante «sea protestante o católico, catalán o vasco» (Amperio, «Resurrección», *LT*, 09/08/1924: 2), no excluía, sin embargo, la eliminación de «los enemigos de la grandeza de España», «los que pretenden la disgregación bajo campañas falaces» (*LT*, 09/08/1924: 3), ya fueran los «separatistas» o el «terror rojo».

5. Una revolución antropológica. Moralidad y civismo en el «hombre nuevo»

La dimensión transgresora del proyecto contrarrevolucionario se aprecia en toda su nitidez en las palabras de Aurelio Ballenilla: «nosotros, como hombres nuevos, enarbolamos el estandarte que simboliza la revolución futura y nos erigimos en paladines de la nueva rebeldía». La prisa por conquistar «el horizonte de los nuevos progresos», tal y como

(7) A pesar de criticar la política centralizadora de la Dictadura, Mella fue una fuente doctrinal, ya que el régimen bebía de diversas tradiciones de la extrema-derecha (Quiroga Fernández de Soto 2008: 74-96 y 105-138).

(8) Se trataba de «hacer efectiva la hermandad en Economía, Ciencia y Arte» (*LT*, 09/08/1924: 1).

expuso Ballenilla («La revolución futura», *LT*, 09/08/1924: 2), se entendía desde el ansia por dejar atrás el fallido sistema de la Restauración. Con la Dictadura, algunas de las reflexiones regeneracionistas que se plantearon a finales de siglo fueron adoptadas para un programa rupturista. Una de esas conclusiones era la urgencia para formar «un nuevo tipo de español» (Iradier Herrero 1917: 33), desarrollada en algunos círculos militares que reinterpretaron el poso liberal-revolucionario de la «nación en armas»⁽⁹⁾. Los españoles, puntualizaba Fausto Cartagena, «para regenerarse siempre piensan en un superhombre, en un Mesías y mientras tanto esperan pacientemente aguantando y ocultando la cabeza debajo del ala como los avestruces». Ahora, acorde con la ambición de establecer una «nación nueva», se trataba de dar un vuelco a la pasividad atávica: «De los corderos y serpientes tenemos que hacer leones» (Cartagena, F., «Inmoralidad», *LT*, 31/12/1924: 2).

Tras las vivencias convulsas de huelgas, terrorismo social, desorden militar, fracaso colonial e ineficiencia política, la formación de «un nuevo tipo de español» era uno de los puntos programáticos de la contrarrevolución. Mariano Arturo Pérez desarrolló profusamente el tema en una conferencia donde señalaba que quería «conseguir una España nueva donde los tracistas son el porvenir» («Sección oficial. Conferencias. La D. Mariano Arturo Pérez», *LT*, 09/08/1924: 3). La descripción que hizo Teodoro de Iradier en 1917 de los miembros del cuerpo nacional como «el ciudadano abnegado», «el ciudadano orgulloso de servir a la Patria con las armas», «el ciudadano conocedor de sus deberes y de sus derechos para con la humanidad, para con la Patria, con la familia» (Iradier Herrero 1917: 24, 114) fue retomado y reconstruido durante el régimen dictatorial (Iradier Herrero 1923: 17-19), el cual invirtió ingentes esfuerzos en la construcción doctrinal de una nueva ciudadanía. En la pléyade de discursos y catecismos, la nueva moralidad se ceñía sobre la prioridad de los deberes sobre los derechos (Pérez Ledesma 2007: 467-468). De allí que Santandreu esgrimiera la ética como un arma política: «¿Con qué poderes contáis?, le contestaremos como un día dijo Cisneros a los nobles, refiriéndose a sus soldados: “la honradez, la moralidad y la justicia, esos son nuestros poderes”» (Santandreu, J., «Qué somos, qué nos proponemos y cuáles son nuestros poderes», *LT*, 31/12/1924: 6).

(9) Ver, por ejemplo: Berenguer 1894: I-IV. Para una visión general de la cuestión: Jensen 2004.

Las alusiones omnímodas a la educación cívica se entienden desde un proyecto elitista de concienciación de las masas. Los contrarrevolucionarios, indistintamente de su tradición o sensibilidad, se otorgaban el rol de punta de lanza del cambio, de chispa que detonara una subversión nacional. Un redactor tracista con el escueto pseudónimo de Arturo afirmó que «LA TRAZA será esa minoría» (Arturo, «Definiendo», *LT*, 09/08/1924: 2). «Aún hoy hay gentes a quienes seduce la cantidad como signo expresivo de potencialidad», lamentaba el equipo de *Plus Ultra* (Ovidius, «La moral de las circunstancias», *PU*, 03/11/1926: 3). No pudo ser más tajante Ballenilla, quien en uno de sus discursos definió el movimiento del que hacía parte de «aristocracia moral» («Sección oficial. Conferencias. La de D. Aurelio Ballenilla», *LT*, 09/08/1924: 3). Mediante la cosmovisión jerárquica, se pretendía actuar como avanzadilla y encuadrar los elementos concienciados dentro de un movimiento de acción, tan anhelado, antes del golpe, por ciertas tribunas, como fue el caso de Delgado Barreto, que invocaban la «legión nacional» que «se decida a traducir en acción el anhelo noble de ver engrandecido su país» (Duque de G. «La legión nacional. El estímulo de un gran ejemplo», *LA*, 18/11/1922: 1). En este sentido, el Somatén aparecía como el ejemplo de milicia-organización, en tanto que movimiento-estructura de «la reconstitución moral, política y económica del país»⁽¹⁰⁾. De hecho, los tracistas ya hicieron gala de encuadramiento nacional a finales de 1923, cuando trescientas camisas azules recibieron en el muelle de la Paz de Barcelona a los monarcas⁽¹¹⁾. No debe extrañar que el arquetipo de contrarrevolucionario, en su vertiente de un activista, de soldado permanente, encontrara un epígono en el del futuro combatiente fascista (Alegre Lorenz 2019; Alonso Ibarra 2020). De hecho, el culto al cuerpo iba de la mano de la probidad moral. Bajo la asunción que una nación fuerte era el fiel reflejo de la virilidad de sus defensores, los tracistas organizaban veladas de boxeo en su local bajo la dirección del púgil Sergio F. del Águila («Reunión pugilista», *LV*, 20/12/1924: 23).

(10) «La Gobernación del país. Las primeras actuaciones del nuevo gobierno» (*LN*, 05/12/1925: 4). Para Primo de Rivera, la Federación Cívico-Somatentista tenía que ser la fuerza civil de la nación (Ben-Ami 1984: 93).

(11) «Trescientas “camisas azules”» (*ED*, 01/12/1923: 1). Fueron doce escuadras «mandadas por los señores Aguilar y Lacroix». En «Camisas azules» (*ED*, 03/12/1923: 2). Para las similitudes con los *fasci* italianos, ver las observaciones del periodista Ribera Rovira 1924: 137.

Romper con la modernidad liberal-capitalista implicaba poner fin a un sistema de valores caducos. «La trágica herencia que de nuestros mayores hemos recibido no debemos transmitirla a nuestros sucesores», declaraban desde *La Traza*, porque, añadían, «sabemos que la primera y más grave de todas nuestras caídas es la que el español ha experimentado dentro de sí mismo» («Nuestro ideal», *LT*, 31/12/1924: 1). La educación cívico-patriota contrarrevolucionaria pasaba por «modelar el carácter de las nuevas generaciones en turquesas que nos den el tipo de hombre que tanta falta hace». Se trataba, pues, de aplicar «una honda reforma en nuestra manera de ser» (MAP, «Educación», *LT*, 31/12/1924: 7). «Lávate en el Jordán de las altas miras», exhortaban desde *Plus Ultra*, «forma una corte de hombres dignos». El lenguaje metafórico no debe ocultar, no obstante, la dimensión subversiva que se escondía debajo de la formalidad regeneracionista; un ethos antimoderno que podía llegar a ser muy explícito, tal y como se observa en la exhortación «Sé dictador si debes» de José Ballesta («¡Poder!», *PU*, 06/10/1926: 2).

6. Conclusiones. El sustrato contrarrevolucionario en perspectiva histórica

Analizar *La Traza y Plus Ultra* puede parecer anecdótico por su escaso grueso militante y su fugacidad. No obstante, el examen de sus pulsiones antimodernas y ultranacionalistas implica abrir una ventana a la ladera umbría de esa nueva cultura política antiliberal novecentista, ya que su historia explica la modelación de la contrarrevolución española en los años 20. Sus páginas demuestran la convergencia, tras una larga coyuntura de crisis sistémica (1917-1923), de sensibilidades ultraderechistas con un bagaje diverso, pero con unas premisas, inquietudes y soluciones compartidas, sin perder por ello su carácter genuino.

De este modo, la aproximación comparativa de ambas publicaciones permite pensar el régimen de Primo de Rivera como un laboratorio privilegiado donde examinar la pluralidad de las derechas. Los lamentos de algunos contrarrevolucionarios por el devenir y desenlace del Directorio certifican una lucha por la hegemonía que se tradujo en un diálogo no siempre fácil entre las aspiraciones de los nuevos actores y los objetivos más conservadores de los mandamases del Directorio y viejos derechistas con pasado dinástico. Eduardo Aunós, ministro de

Trabajo, Comercio e Industria (1924-1930), fue tajante al declarar que «una estructura corporativa totalitaria hubiese chocado con los prejuicios liberaloides de la burguesía» (Aunós 1935: 136). Del mismo parecer fue José Calvo Sotelo. El futuro líder del Bloque Nacional consideró un error que Primo de Rivera no concibiera «la Unión Patriótica como partido político», lo que condujo a que la mayoría de adherentes vieran en la formación una oportunidad para medrar, condenándola a «un futuro estéril» (Calvo Sotelo 1931: 332).

La contrarrevolución, como cultura política antiliberal diferenciada de las anteriores tradiciones derechistas, tampoco era homogénea. El recorrido de *La Traza* y de *Plus Ultra* en la Dictadura demuestra que la contrarrevolución no era patrimonio exclusivo de una agrupación, sino un espacio de encuentro donde coexistían diferentes estrategias y proyectos. La desilusión con el Directorio llevó a tracistas como Pérez Farrás a abrazar el catalanismo revolucionario (Angulo 1935: 19-20). En cambio, el integrista José Montagut devino «Vieja guardia de la Falange barcelonesa»⁽¹²⁾. La disparidad de trayectorias existe incluso dentro de las formaciones. Alberto de Ardanaz mantuvo contactos con Ledesma Ramos para ingresar en Falange Española (Gómez Navarro 1985: 96). Por el contrario, Aurelio Ballenilla pasó por los centros de internamiento franceses de Saint-Cyprien y de Gurs después de la guerra civil y estuvo preso junto con su hermano en Dachau (Ballenilla Portuondo 1969).

En conclusión, el análisis del contenido de los dos semanarios aporta suficientes claves interpretativas para repensar la experiencia dictatorial primorriverista y resituarla en la historia del pensamiento de la extrema-derecha no como una etapa de interregno, de repliegue defensivo de las derechas, bajo un régimen autoritario, como escudo de los embates revolucionarios y transformadores, sino como un período burbujeante, de enclavamiento entre el antiliberalismo finisecular y el posterior fenómeno fascista. De hecho, esto se aprecia cuando se examinan los tropos que constituirían el imaginario antirrepublicano de los años de la Segunda República, tales como el mito de la Antiespaña, la demofobia, el pavor frente a la revolución social, la inutilidad de la institución parlamentaria (Trullén Floría 2016), elementos de un espíritu antimoderno que ya se encuentra perfilado y latente en las páginas de las dos tribunas que germinaron en las vivencias tumultuosas del colapso

(12) «El fallecimiento del Rvdo. Dr. D. Joé Montagut Roca» (LV, 21/08/1956: 15).

del sistema restauracionista, sin que ello implique caer en la asociación falaz de creer que todos los contrarrevolucionarios eran fascistas, por más que los epítetos de «derecha radical» o «protofascismo» puedan servir para describir la naturaleza del ethos contrarrevolucionario.

Fuentes

Gaceta Municipal de Barcelona (Barcelona). Abreviado como *GMB*.
El Debate (Madrid). Abreviado como *ED*.
El Imparcial (Madrid). Abreviado como *EI*.
El Sol (Madrid). Abreviado como *ES*.
La Acción (Madrid). Abreviado como *LA*.
La Nación (Madrid). Abreviado como *LN*.
La Trazza. Boletín mensual (Barcelona). Abreviado como *LT*.
La Vanguardia (Barcelona). Abreviado como *LV*.
La Veu de Catalunya (Barcelona). Abreviado como *LVC*.
Plus Ultra. Semanario de batalla (Barcelona). Abreviado como *PU*.

Bibliografía

Alegre Lorenz, David (2019). “Experiència de guerra i cristianisme combatiu al Front Oriental. La socialització del feixisme entre els voluntaris europeus occidentals (1941-1945)”, in Joan Pubill Brugués, *Populisme en l'extrema dreta del segle XX, Afers: fulls de recerca i pensament*, vol. 34, nº 94, 627-656.

Almond, Gabriel y Verba, Sidney (1963). *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations, an Analytic Study*. Princeton: Princeton University Press.

Alonso Ibarra, Miguel (2020). “La oferta del Nuevo Estado. Propaganda e ideologización del combatiente sublevado en la guerra civil española (1936-1939)”, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, nº 44, 305-335.

Andrés Martín, Juan Ramón de (2000). *El cisma mellista: historia de una ambición política*. Madrid: Actas Editorial.

Angulo, Enrique de (1935). *Diez horas de Estat Catalá (reportaje)*. Barcelona: E. de Angulo.

- Arturo Pérez, Mariano (1919). "Hidalgos de la Patria", *Ilustración española y americana*, n° 36, 564.
- Aunós, Eduardo (1928). *El Estado Corporativo. Discurso pronunciado en la Unión Patriótica de Madrid, el día 16 de Abril*. Madrid: Talleres Gráficos de E. Giménez-Huertas.
- « - » (1935). *La Reforma Corporativa del Estado*. Madrid: Aguilar.
- Ballenilla Portuondo, Aurelio (1969). *El desfile de los espectros: Tragedia vivida por su autor, superviviente cubano del infamante campo de concentración de Dachau, Alta Baviera, Alemania*. La Habana: Imp. Nacional de Cuba.
- Ben-Ami, Shlomo (1984). *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*. Barcelona: Planeta.
- Berenguer, Pedro A. (1894). "Prólogo", in Enrique Ruiz-Fornells, *Educación moral del soldado*. Toledo: Viuda e Hijos de Juan Peláez, I-IV.
- Calvo Sotelo, José (1931). *Mis servicios al Estado: seis años de gestión, apuntes para la historia*. Madrid: Imprenta Clásica Española.
- Canal, Jordi (2006). *Banderas blancas, boinas rojas: una historia política del carlismo, 1876-1939*. Madrid: Marcial Pons.
- Casals Meseguer, Xavier (2013). "Auge y declive del 'partido militar' de Barcelona (1898-1936)", *Iberic@l. Revue d'études ibériques et ibéro-américaines*, n° 4, 163-180.
- Castillo Sánchez, José del y Álvarez Pastor, Santiago (1958). *Barcelona, objetivo cubierto*. Prólogo del general Mola. Barcelona: Editorial Timón.
- Cefai, Daniel (2001). «Expérience, culture et politique», in Daniel Cefai (dir.), *Cultures politiques*. París: Presses Universitaires de France, 93-116.
- Culla, Joan B. (1977). "L'Extrema dreta a Catalunya durant la República. Els "ultres" abans de la Guerra", *L'Avenç*, n° 6, 48-55.
- Ferrer, Melchor (1959). *Historia del tradicionalismo español*. Tomo XXVIII, vol. 1 (30 tomos, 1941-1979). Sevilla: Editorial Católica Española.
- Francés, José María (1962). *Memorias de un cero a la izquierda*. Olimpo: México D. F.
- Foix, Pere (2019 [1957]). *Apòstols i mercaders. Anys de lluita social a Catalunya*. Barcelona: Tigre de Paper.
- Fuentes Codera, Maximiliano (2017). *Un viaje por los extremos. Eugenio d'Ors en la crisis del liberalismo*. Granada: Comares.
- Gallego Margaleff, Ferran (2014). *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo*. Barcelona: Crítica.

- Gil Pecharromán, Julio (1994). *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*. Madrid: Eudema.
- Gómez Navarro, José Luís (1985). "La Unión Patriótica: análisis de un partido del poder", *Estudios de Historia Social*, nº 32-33, 93-161.
- González Calleja, Eduardo (2005). *La España de Primo de Rivera: la modernización autoritaria*. Madrid: Alianza.
- « - » (2017). "Introducción. Miradas plurales a la crisis de 1917", in Eduardo González Calleja (coord.), *Anatomía de una crisis. 1917 y los españoles*. Madrid: Alianza, 13-25.
- « - » y del Rey Reguillo, F. (1995). *La defensa armada contra la revolución, una historia de las guardias cívicas en la España del siglo XX*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).
- González Cuevas, Pedro Carlos (2000). *Historia de las derechas españolas: de la Ilustración a nuestros días*. Prólogo de Blas Guerreño, A. de. Madrid: Biblioteca Nueva.
- « - » (2005). *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX: de la crisis de la Restauración al Estado de partidos (1898-2000)*. Tecnos: Madrid.
- González Hernández, María Jesús (1990). *Ciudadanía y acción: el conservadurismo maurista, 1907-1923*. Madrid: Siglo XXI.
- Iradier Herrero, Teodoro de (1917). *Hacia un nuevo tipo de español: planteamiento de un problema de educación nacional*. Madrid: Librería de los sucesores de Hernando.
- « - » (1923). *Catecismo del ciudadano*. Madrid: Publicaciones del Directorio Militar.
- Jensen, Geoffrey (2004). *Cultura militar española. Modernistas, tradicionalistas y liberales*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- López Íñiguez, Julio (2017). *La Unión Patriótica y el Somatén Valencianos (1923-1930)*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Meaker, Gerald H. (1978). *La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923*. Barcelona: Ariel.
- Morodo, Raúl (1980). *Acción Española: los orígenes ideológicos del franquismo*. Madrid: Tucur.
- Mota Muñoz, José Fernando (2020). *¡Viva Cataluña española!: Historia de la extrema-derecha en la Barcelona republicana (1931-1936)*. Prólogo de Joan Maria Thomàs. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Pasetti, Matteo (2016). *L'Europa corporativa. Una storia transnazionale tra le due guerre mondiali*. Bolonya: Bolonia University Press.

- Pérez Ledesma, Manuel (2007). "El lenguaje de la ciudadanía en la España moderna", in Manuel Pérez Ledesma (dir.), *De súbditos a ciudadanos una historia de la ciudadanía de España*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 445-482.
- Perfecto García, Miguel Ángel. (2021). *Las Derechas Radicales españolas en la época contemporánea (1800-1975): Su influencia en América Latina*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Pubill Brugués, Joan (2018). "Calma abans de la tempesta? El procés de desliberalització a Espanya al primer terç del segle XX. Aproximació a les arrels d'un fenomen europeu", *Segle XX. Revista catalana de història*, n° 11, 29-49. 10.1344/segleXX2018.11.3
- « - » (2020). «De l'argent immoral à l'immoralité du système. Le discours anti-corruption et la genèse de la contre-révolution en Espagne (1917-1923)», in Olivier Dard, Jens Ivo Engels y Frédéric Monier (ed.), *L'argent immoral et les profiteurs de guerre à l'époque contemporaine (1870-1945)*. Bruselas: Peter Lang, 242-256.
- « - » (2021). «Georges Valois a Catalunya. Aproximació a les influències i interpretacions d'un referent oblidat (1918-1928)», *Cercles: revista d'història cultural*, n° 24, 123-152.
- Quiroga Fernández de Soto, Alejandro (2000). "La idea de España en los ideólogos de la dictadura de Primo de Rivera El discurso católico-fascista de José Pemartín", *Revista de Estudios Políticos*, n° 108, 197-224.
- « - » (2004). "«Los apóstoles de la patria». El Ejército como instrumento de nacionalización de masas durante la Dictadura de Primo de Rivera", *Mélanges de la Casa Velázquez*, vol. 34, 243-272. <https://doi.org/10.4000/mcv.1200>.
- « - » (2008). *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Riquer i Permanyer, Borja de (2001). *Escolta Espanya: La cuestión catalana en la época liberal*. Madrid: Marcial Pons.
- Riquer i Permanyer, Borja de, Rubí, Gemma y Toledano, Lluís Ferran (2018). "Más allá del escándalo: La historia de la corrupción política en la España contemporánea", in Borja de Riquer i Permanyer, Joan Lluís Pérez Francesch, Gemma Rubí, Lluís Ferran Toledano i Oriol Luján (dir.), *La corrupción política en la España contemporánea. Un enfoque interdisciplinar*. Madrid: Marcial Pons, 47-81.

- Ribera Rovira, Ignacio de (1924). *La conquista de Roma. Crónica de los viajes de los Reyes de España a Italia, noviembre de 1923*. Barcelona: Tip. Catalana.
- Romero Salvadó, Francisco J. (2010). ““Si Vis Pacem Para Bellum”: The Catalan Employers’ Dirty War, 1919–23”, in Francisco J. Romero Salvadó y Angel Smith (ed.), *The agony of Spanish liberalism. From Revolution to Dictatorship, 1913-1923*. Londres: Palgrave Macmillan, 175-201.
- Saz Campos, Ismael (2003). *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid: Marcial Pons.
- Sternhell, Zeev (1995). “La troisième voie fasciste ou la recherche d’une culture politique alternative”, in Gilbert Merlio (dir.), *Ni gauche ni droite: les chassés-croisés idéologiques des intellectuels français et allemands dans l’Entre-deux-guerres*. Pessac: Maison des Sciences de l’Homme d’Aquitaine, 17-29.
- Thomàs, Joan Maria (2011). *Los fascismos españoles*. Barcelona: Planeta.
- Tusell, Javier, Montero, Feliciano y Marín, José María (ed.) (1997). *Las derechas en la España contemporánea*. Madrid: UNED.
- Trullén Floría, Ramiro (2016). *España trastornada. La identidad y el discurso contrarrevolucionario durante la Segunda República y la Guerra Civil*. Madrid: Akal.
- Ucelay da Cal, Enric (1991). “Vanguardia, fascismo y la interacción entre nacionalismo español y catalán: el proyecto catalán de Ernesto Giménez Caballero y algunas ideas corrientes en círculos intelectuales de Barcelona, 1927-1933”, in Justo C. Beramendi y Ramón Maíz (dir.), *Los nacionalismos en la España de la II República*. Madrid: Siglo XXI, 39-95.
- « – » (2000). “La Trazza”, in Isidre Molas (ed.), *Diccionari dels partits política de Catalunya. Segle XX*. Barcelona: Enciclopèdia Catalana, 148-151.
- « – » (2003). *El imperialismo catalán*. Edhasa: Barcelona.
- « – » (2004). “Los orígenes del fascismo en España: el militarismo”, in Borja de Riquer i Francesc Espinet (ed.), *Josep Fontana. Història i projecte social. Reconeixement a una trajectòria*. Barcelona: Crítica, vol. II (2 vols.), 1380-1410.
- Winston, Colin M. (1989). *La clase trabajadora y la derecha en España: 1900-1936*. Madrid: Cátedra.

